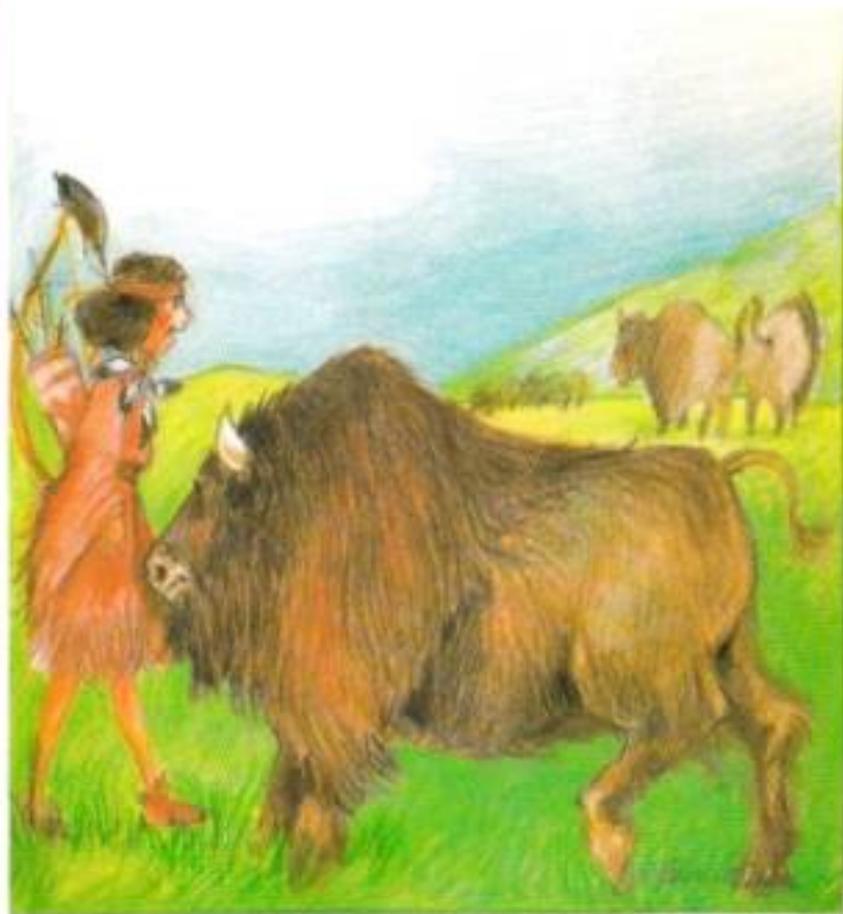


ala delta

Carlos PUERTO

**LA ROSA
DE LA PRADERA**



Rosa viaja con su padre hasta las praderas donde habitan los indios siux. Allí se hace amiga de dos de ellos y juntos, con la ayuda de los animales de la pradera, salvan al poblado de las amenazas de unos bandidos.

Carlos Puerto es uno de los autores preferidos por los jóvenes a quienes ofrece aventuras en paisajes lejanos.

*Para Cristina,
la niña que más quiero.*

Índice de contenido

Cubierta

La rosa de la pradera

Prefacio

1. Tres hombres malos
2. Lince Veloz y Gusano Fofo
3. Niña blanca siux
4. Mustang
5. El peligro se acerca
6. Búho Sabio
7. Arcos, flechas y pistas
8. Las huellas conducen a...
9. La ayuda de los muertos
10. El ingeniero de las aguas
11. Un nuevo y mayor peligro

12. Las praderas del cielo

13. Todos los bisontes del mundo

14. El tesoro de Wichmunke

Pequeño diccionario en lengua siux

Soluciones a los juegos de Norma

Tío Carlos:

Ayer escribí una carta a Rosa. No sé si le llegará porque no sabía muy bien las señas y sólo puse que la mandaran a la isla que tiene una montaña muy grande. Pero como estoy segura de que tú, tío Carlos, sabes dónde está, te envié una copia para que se la mandes.

Querida Rosa:

Cuando regresaste del polo Norte me dio un poco de pena. Volvías a tu casa y estoy segura de que estabas un poco cansado de tanto viajar. Pero, ¿eso significa que ya no vas a contar más aventuras maravillosas de paisajes y personas diferentes?

Se lo he dicho al hamster y Gus. Gus ha puesto los ojos muy redondos, ha dado una voltereta en la jaula y se ha comido una ave-llana con la que ha jugueteado largo rato en los molletes. También a él le gustan tus historias, tal vez porque salen muchos animales. En el fondo está un poco celoso de que tú, Rosa, puedas hablar con los demás animales y todavía

no le hayas dicho nada a él.

Quiero que me cuentes una nueva aventura que elijas un lugar cualquiera en el atlas y nos cuentes lo que pasa allí. Para que te animes, te mando algunos juegos por si quieres ponerlos entre los capítulos.

¡Qué! me hagas caso. Somos amigas, ¿no Rosa? Desde que estuviste a los pies del monte Kilimanjaro somos amigas. Y luego hemos ido juntas al desierto y al polo. Por eso te lo pido. Tenemos tantas ganas de irnos contigo a algún sitio.

Bueno Rosa, contéstame en seguida. Pero no con una carta, que sería para mí sola, sino con un libro que podríamos leer muchos de tus amigos. Un beso muy fuerte. Te estamos esperando.

Noema

1. Tres hombres malos

—**E**L tesoro, maldita sea; el tesoro de Wichmunke tiene que estar por aquí —dijo el hombre de los dientes de oro, al tiempo que escupía tabaco mascado.

—Sí, pero ¿dónde? —preguntó el que llevaba barba de chivo y gafas de sol—. La reserva siux es grande y no tenemos ni idea de por dónde buscar.

—Por eso hay que comprar primero el terreno por cuatro dólares y luego ya podremos meter máquinas y levantar la montaña, el río, la pradera, lo que haga falta... sin que nadie nos moleste —remató un tercero al que le faltaba la oreja izquierda y que tapaba el agujero con un esparadrapo en forma de cruz.

—Lo que pasa es que los zarrapastrosos salvajes no quieren vender, ni por cuatro ni por cuarenta. Y para convencerlos tendremos que inventar cosas... —Volvió a escupir tabaco el primero y casi le da al de las gafas de sol.

—¿Qué cosas? La ley está de su parte, el territorio es suyo.

—También lo es Wichmunke, el gran Dios del Arco Iris —dijo el desorejado con una risotada—. Pues hagamos que sea su propio dios el que les meta miedo en el cuerpo.

La conversación la mantenían en lo alto de un otero desde el que se divisaba el poblado siux a sus pies, muy cerca de la gran pradera, junto al manso discurrir de un río afluente del Misuri. A sus espaldas estaba la antigua mina abandonada, a la que no se acercaban los indios porque

estaba al lado del cementerio siux, y los siux sólo iban allí cuando moría uno de los suyos.

—Está bien, ¿y qué puede hacer su dios que les haga cambiar de idea?

—No lo hará su dios, majadero, lo haremos nosotros. — El hombre de los dientes de oro tenía malas pulgas y además un pistolón de siete balas que enseñaba cuando alguien le contradecía o, simplemente, ponía en entredicho sus palabras.

—Bien. Iremos al poblado por la noche disfrazados de espíritus y les tiraremos de los pies —bromeó el hombre de la barba de chivo.

—Hay que hacer algo más que tirar a una tribu de los pies. Hay que hacer que salgan corriendo y no vuelvan nunca más por aquí —sentenció el hombre sin oreja y cogió los prismáticos para observar más de cerca a quienes le impedían llegar al tesoro.

El poblado parecía tranquilo. Los *tipis* formaban un círculo y por la parte superior de una de las casas de tela y piel de venado se veían volutas de humo; tal vez había alguien enfermo y lo cuidaban con el calor de la madera quemada o del agua caliente.

Un perro desaliñado correteaba en busca de restos de comida, indiferente a los juegos de los niños que se lo pasaban en grande intentando adivinar en qué lugar del suelo uno de ellos había enterrado un arco de madera, del que sólo sobresalía una cinta de cuero.

Un poco más allá estaban las montañas Rocosas, siempre acariciadas por las nubes y sobre las que volaban las águilas reales.

Y en medio, entre el poblado y las montañas, la gran pradera americana, con su gran amo y señor, el bisonte.

En el pasado llegaron a pastar allí millones de estos animales; ahora quedaban pocos, pero en aquel lugar todavía había suficientes para alimentar y vestir a todos los siux del campamento.

—Hay que actuar rápidamente. Si, por casualidad, los indios descubren el tesoro antes, ¿qué pasaría entonces? —preguntó el hombre de las gafas de sol.

—Pues que nos quedaríamos con un palmo de narices.

—Y que para conseguir el tesoro tendríamos que cargarnos a todos —dijo el de los dientes de oro mientras llenaba de balas su pistolón.

—¡Pues nos los cargamos y en paz! No son más que salvajes —exclamó con júbilo el desorejado.

—No sólo te falta la oreja, sino también el cerebro —le replicó el de la barba de chivo—. Hay que actuar astutamente, que nadie nos descubra. Porque nosotros, ¿qué somos?

—Bandidos —dijo ingenuamente el más bobalicón.

—Sí, señor, bandidos y a mucha honra. Pero eso no deben saberlo nuestros enemigos. Para ellos seremos únicamente comerciantes. Queremos comprar el territorio indio porque vamos a hacer un centro comercial. ¿Y con qué dinero vamos a hacer el centro comercial?



–Con el que saquemos del tesoro de Wichmunke.

–Exacto. Las pistas que nos han traído hasta aquí no pueden fallar. El tesoro está muy cerca, casi lo huelo, lo podría tocar si estirara el brazo...

El hombre de los dientes de oro se apoyó contra una pared de la mina abandonada.

—... Y tenemos que conseguirlo pronto, porque ya estoy hasta las narices de vivir aquí encerrado, como si fuera un perrito de las praderas.

—O una serpiente de cascabel —dijo el bandido de las gafas de sol para hacerle rabiar.

—O una mofeta pestilente —replicó el otro amartillando el revólver.

Sus dos compañeros retrocedieron asustados. Cuando el hombre de los dientes de oro se enfadaba, era tremendo, no diferenciaba entre amigos y enemigos. Y ahora acababa de cargar su arma.

Pero, afortunadamente para ellos, no los apuntaba. Su mirada y su revólver se dirigían hacia la espesura en la que había oído un sonido que le puso en guardia.

—¿Qué sucede?

—Alguien nos está espiando.

—Será la serpiente de cascabel. O la mofeta.

—O el perrito de las praderas. O...

El hombre armado retiró de un arbusto una tira de tela de color rosa que se había quedado atrapada entre las espinas.

—¿Desde cuándo los animales se visten con ropa humana?

Fue entonces cuando los tres captaron los pasos de alguien que se alejaba corriendo de allí.

—¡Lo habrá oído todo!

—¡Nuestro plan puede venirse abajo!

—¡Sea quien sea, tenemos que atraparlo y hacerle callar para siempre!

El hombre de las gafas oscuras blandió un grueso y largo cuchillo, el desorejado metió un cargador de balas en su rifle y ambos siguieron al bandido de los dientes de oro que ya se adentraba en la maleza para hacer picadillo al desconocido vestido de rosa.

2. Lince Veloz y Gusano Fofo

ROSA corría ladera abajo con una única preocupación: que los hombres a los que había descubierto no la atraparan. No había entendido muy bien sus palabras, pero sí que hablaron de un tesoro de nombre extraño y de que planeaban hacer daño a los indios. Y estaba segura de que, si la cogían, no iban a tener compasión. Los hombres que llevan armas no suelen ser compasivos. Y ellos iban armados.

Cuando Rosa llegó a aquel rincón del mundo con su padre, pensó que sería como estar de vacaciones. Desde el primer momento le gustaron el paisaje y el aire puro de aquel lugar. Luego, mientras su padre trabajaba en lo suyo, realizando una película documental sobre los indios pieles rojas, ella se fue a dar una vuelta por los alrededores. Sólo un paseo. Pensó en ir hasta la mina abandonada. ¡Tal vez sería una mina de oro!

Pero sólo encontró a tres desaprensivos que ahora la perseguían sin piedad.

«¿Cómo podré escapar? ¿Hacia dónde debo huir?», se preguntaba sin dejar de correr.

Cuando vio a sus amigos los animales, no se lo pensó dos veces. Se metió en medio de la manada. Seguramente allí no la encontrarían.

Eran más de cien toros enormes. Sin embargo, tenían los cuernos más pequeños que los toros y el cuerpo cubierto por pelo rizado, como el de las ovejas, pero de color marrón.

–Wichmunke...

Antes ya había oído esa palabra, pues la pronunciaron los tres bandidos, pero ahora le extrañó que la dijera un bisonte.

–Wichmunke...

«¿Quién habla? ¿Tal vez el jefe macho, tal vez una hembra amistosa? ¿O acaso la cría que se desliza encorvada entre las patas de los mayores?», se preguntaba Rosa.

Pero ¡qué extraña cría de bisonte era aquélla! Dos de sus patas calzaban mocasines y las otras dos eran manos. Manos de alguien que andaba a gatas cubierto con piel de bisonte.

–Wichmunke... –dijo Rosa para así llamar más la atención.

Era un muchacho de su misma edad, con una melena brillante y suelta. Su piel tenía el color cobrizo y en su frente se destacaba una franja de pintura blanca.

–Hao! –dijo el muchacho levantando la mano al verla.

–Hao! –repitió Rosa imitándolo.

El joven indio y Rosa se miraron a los ojos, en silencio, como si quisieran leer sus pensamientos. A Rosa le encantaron los ojos negros y brillantes del muchacho. Y a él le gustaron mucho los ojos verdes de Rosa.

Los bisontes seguían a su alrededor comiendo, resolplando, rumiando... Pero, por un instante, el ruido que hacía la manada se desvaneció y, como obedeciendo a una señal, los dos miraron hacia el cielo.

–Wanbli –dijo el chico señalando hacia arriba.

Y Rosa se fijó en las plumas que adornaban su cabeza; blancas y negras plumas de águila.



–Águila –repitió Rosa.

Y los dos comprendieron que *wanbli* y «águila» significaban lo mismo.

Entonces, Rosa aprovechó para conocer el significado de otra palabra.

–¿Qué quiere decir «Wichmunke»?

–Es el Dios del Arco Iris.